

cer al Rey de Meaux á Paris, mas veloz que el paso de carrera.

El Jesuita Manare acababa de prestar un señalado servicio á la monarquía y á los parisienses, y aquella y estos no quisieron mostrarse ingratos.

En tanto que luchaban unos Jesuitas con la universidad, con el prestigio que les granjeaba su elocuencia, y combatian al calvinismo por medio de la fidelidad, llenaban otros con el eco de su nombradía y la magnitud de sus obras las demás provincias de Francia.

En este mismo año de 1567 preservó el P. Edmundo Auger á la ciudad de Lyon de otro complot protestante. Los magistrados, descansando en la fe de los Hugonotes, no trataban de saber á qué funestos extremos pueden llegar, bajo la apariencia del bien público, los partidos contrariados en sus esperanzas. Soñando siempre triunfos en el porvenir, se forman teorías, cuya aplicacion rechazarian horrorizados como individuos; pero que reunidos en masa adoptan desde luego sus desastrosas consecuencias. Entonces el crimen no se presenta sino como un medio accidental, que desaparecerá bajo sombra de una revolucion que formará la ventura de todos. Este era el principio adoptado por los Calvinistas; y los magistrados, faltos de prevision, los dejaban hacer; pero Auger les arrancó la fatal venda que ofuscaba la luz de su razon, á la manera que lo habia hecho en Paris Oliverio Manare.

Luego que se puso al frente del colegio de esta ciudad el Jesuita Guillermo Critton, de la familia de los Hamilton, pasó á Tolosa el P. Auger. Este predicador insigne, como le apellida Pasquier, habia producido en el Mediodía tal reaccion en favor del catolicismo, que las iglesias no eran bastante capaces para contener la multitud de sus oyentes, viéndose precisado el Parlamento en el mismo Paris á cederle el gran salon de las sesiones. De regreso á Lyon, á mediados de setiembre, supo por diferentes vias ¹, que los Hugonotes se habian granjeado algunas voluntades en la ciudad, y que trataban de introducirse en ella antes de terminarse el mes; noticia que comunicó sin tardanza á Birague, gobernador de la provincia. Pero este, que temia alarmar á los Católicos si empezaba á sospechar de los extraviados, desatendió en un principio los consejos del Jesuita, hasta que asegurado por

¹ El relato de esta conspiracion se halla difusamente detallado en la *Historia de Lyon*, por de Rubys, en Moreri, Bailly y Saint-Aubin.

nuevos indicios, se vió precisado á tomar precauciones, y á poner en juego su inquisitorial vigilancia, que le dió por resultado el descubrimiento de los agentes del complot y una lista de las víctimas. Los Hugonotes ocupaban la ciudad de Macon, y Auger recibe aviso de que La-Noue, uno de sus principales cabecillas debia caer aquella misma noche sobre Lyon, cuyas puertas se habian comprometido á franquearles sus correligionarios en el momento en que diese las doce el reloj de la iglesia de San Nizier. El gobernador se hallaba sin tropas, y por otro lado era ya tarde para avisar á los vecinos y proveerlos de armas. Sin embargo, tiéndense cadenas por las calles, y se apoderaron de todos los puntos á donde se creia que se echarian primero los Calvinistas. Pero todos estos preparativos improvisados solo podian retardar algunos momentos la caida de la autoridad real; cuando, hé aquí que se le ocurre una estratagema al genio inventor del Jesuita. Habianle dicho que los Hugonotes se habian convenido en obrar en el instante en que se oyesen dar las doce en el reloj de la iglesia de San Nizier, y ¿qué hace el Padre? Reune á todos los relojeros en casa del gobernador Birague, y les intima la órden de desconcertar los relojes de la ciudad, para que los rebeldes no puedan entenderse en medio de tamaña confusion. Ejecutan aquellos su cometido; y los Hugonotes que no esperaban semejante novedad, se llenaron de asombro, y huyendo caen en manos de los Católicos. La-Noue, que en vano aguardaba al pié de las murallas la señal convenida, y que no puede distinguir en medio de aquella algarabía; conoce, por fin, que se han desconcertado sus planes, y se retira á Viena y á Valencia á través de los campos.

De este modo, y por un singular concurso de circunstancias, acababan los dos provinciales de la Compañía de Jesús en Francia y en Guiena, de hacer fracasar un complot hábilmente tramado. Los Católicos no encontraban expresiones bastante elocuentes para manifestar á los Padres su gratitud: la corte los colmaba de nuevos favores, y el Rey decretaba que los legados hechos á la Sociedad serian mirados en adelante como legítimos, ordenando desechar toda especie de oposicion; por último, los obispos los llamaban á sus diócesis para conservar en ellas el sagrado depósito de la fe. La guerra estallaba por todas partes, tanto en el seno de las ciudades, como en lo interior de las campiñas: guerra terrible, porque se esparcía y aun se individualizaba, por decirlo

así, y sin esperanzas de que se apaciguase, ni á consecuencia de una victoria, ni por el desengaño de una derrota.

En medio de estas reacciones que no pudo conjurar la victoria de San Dionisio, y que son siempre presagadoras de nuevas tempestades, recorrian los Jesuitas la Francia en distintas direcciones: Possevino evangelizaba en Marsella y Aviñon; Auger, que se dirigia á Metz á oponerse á los esfuerzos del protestantismo, se detuvo en Paris con el objeto de anunciar la palabra de Dios en presencia de la corte; Gerónimo Nadal visitaba todos los colegios de la Compañía, inspirando en todas partes el celo que infundia el Instituto á sus individuos, y por último, todos los Jesuitas predisponian á los soldados en sus mismas tiendas de campaña, á hacerse dignos de pelear en nombre del Señor, en cuya difícil mision no habia quien igualase al P. Auger. Possevino y él habian compuesto un opúsculo sobre los deberes del soldado cristiano, que los príncipes mandaban distribuir por las ciudades en que habia guarnicion, como el mejor medio de conservar el valor y la fe.

Entre tanto el príncipe de Condé y el almirante de Coligny habian logrado reunir un ejército: el duque de Anjou, hermano del Rey, estaba á la cabeza de los Católicos. Este jóven, cuyo enervado reino engañará un dia todas las previsiones, y que sin embargo era á la sazón uno de los capitanes mas valientes de su siglo, acampó el 13 de marzo de 1569 enfrente de los Hugonotes, y armado por mano de Edmundo Auger, dió la batalla de Jarnac. Zwinglio habia muerto en un combate; Teodoro de Beza habia asistido en persona á la lucha de Dreux; y el Jesuita que no queria ser menos, creyó oportuno alentar con su ejemplo á los Católicos, á quienes su predicacion habia preparado á la victoria ó al martirio. Bien pronto la impetuosidad del Duque triunfó de la sagacidad de Coligny y del valor de Condé, que pereció con espada en mano; dejándose ver el jefe de los Católicos en lo mas recio de la pelea, combatiendo con la astucia y la fuerza, y hallándose acompañado de Auger, que arrojó mil veces la muerte para enseñar á los soldados á morir ó vencer.

Los Hugonotes fueron completamente derrotados; y en tanto que los Católicos se rehacian con su victoria, se dirigió Auger en busca de otros nuevos combates. Predicó en Limoges, y escribió desde esta ciudad una carta á los de Tolosa «para consolar á los

«Católicos de todas clases en sus aflicciones, ocasionadas por las «guerras civiles y sublevacion de los herejes.» Citarémos un fragmento en toda la sinceridad de su anticuado estilo ¹:

«Si nosotros, que sobre todos los hombres mortales, disfrutamos el privilegio de ser amigos y familiares de Dios, por el derecho que nos ha conquistado la sangre de su Hijo Jesucristo, fuésemos tan diligentes en aceptar con buena voluntad y dulzura las calamidades y agitaciones que con mas ó menos frecuencia nos envia el cielo para provecho nuestro, como nos hallamos dispuestos para quejarnos y lamentarnos; reportaríamos, en vez de la exasperacion de ánimo que nos atormenta, doble ganancia y mucho mayores ventajas. La una seria, que con nuestra paciencia y modestia probaríamos á todo el mundo que nuestra fe y religion no son un cebo de comodidades terrenas, tales como apetecen los epicúreos y ateistas: sino mas bien un áspero y duro aprendizaje de la virtud y de la esperanza de un bien mejor después de la muerte. La otra, que los consuelos que recibíamos del Omnipotente, nos parecerian tanto mas dulces y sabrosos, cuanto que nuestro espíritu estaria mas recogido en sí mismo para poder recibirlos, sin distraerse en quejas, discursos, recuerdos, sentimientos y otras pasiones idénticas, que á menudo lo alejan de Dios, y de sus consoladoras visitas, mas que nuestra misma afliccion.

«Yo creo, por fin, que una buena conciencia será mas idónea para consolarnos, que todo cuanto pudiéramos pensar y desear; porque aquella es la mejor de nuestras disposiciones. Sin embargo, guardémonos bien, segun nuestras débiles fuerzas y ayudados de la gracia, de infringir sus divinos mandamientos, haciendo todo el bien que podamos á nuestros prójimos, y no olvidando, si posible fuese, cuanto exige de nosotros el estado en que nos hallamos. Para lo cual servirán de mucho las plegarias que hagamos á Dios todos los dias, con el objeto de que borre todas nuestras iniquidades antiguas y diarias, así como las de los que le ofenden tanto ó mas que nosotros; si nos imponemos la costumbre de hacer todos los dias ó semanas algun ayuno, limosna ó cosa semejante en satisfaccion de las comu-

¹ Esta epístola fue impresa en Tolosa en 1569, con el título de: *Azúcar espiritual, propio para dulcificar la amargura de los desastres de su época y de los que en el día nos afligen.*

« nes ofensas de nuestros hermanos en Jesucristo; y mas particu-
« larmente si nos encargamos de lavar con nuestras lágrimas ó
« expiar con nuestra penitencia los pecados de blasfemia, lujuria
« y avaricia que en la actualidad infectan mas al mundo, y que
« irritan al Criador mas que los otros; recibiendo á menudo y de-
« bidamente los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía,
« reverenciándolos al menos tanto, para apaciguar la cólera de
« un Dios justo, como los deshonran sus enemigos para irritarla;
« trabajando por asociarnos en amor y dileccion cristiana, sufriendo
« donos unos á otros nuestras imperfecciones, y procurando por
« todos los medios posibles conducir bien y santamente á los que
« militan en este valle de lágrimas bajo nuestra direccion; final-
« mente, procurando reducir al gremio de la Iglesia á los que en
« su última ruina se han separado de ella desgraciadamente; ase-
« gurándolos á todos, bien sean soldados ó magistrados, que ja-
« más verán la cara de Dios, si no reparan los excesos que se hu-
« bieren cometido por culpa suya: porque el pastor que, ó por
« incuria ó expresamente, permite que los lobos se aproximen á
« las ovejas, so color de verlos amansarse y cambiar de instinto
« con el contacto de aquellas, son responsables cerca de su amo
« de toda la carnicería y estragos que se cometan con las pobres
« é inocentes ovejuelas.»

Creendo este Padre que su presencia seria para los habitan-
tes del Mediodía un consuelo mas eficaz que sus cartas, llegó á
Tolosa el 28 de junio, en el momento en que la ciudad de Bur-
deos, por el órgano de los jurados y parlamento, ofrecia su cole-
gio á la Compañía; el cardenal de Borbon acababa de fundar otro
en Ruan, capital de su arzobispado, y el duque de Nevers intro-
ducia en su principado á los Jesuitas. El P. Edmundo habia pro-
yectado visitar á Tolosa, con el objeto de entenderse con los ciu-
dadanos de Marsella y de Pamiers; pero apenas habia llegado á
la capital de Languedoc, cuando le anunciaron que acababa de
estallar en Aviñon una furiosa tormenta contra el Instituto; y sa-
biendo que Possevino, rector del colegio de aquella ciudad, es-
taba en Roma para hacer su profesion de los cuatro votos, se po-
ne al instante en camino para ocupar interinamente su puesto.

Los principales habitantes del condado Venesino y de la ciudad
de Aviñon, que formaban parte del patrimonio de san Pedro, ha-
bian encargado á Possevino que pusiese en manos del Papa unos

despachos en que le suplicaban que se dignase continuar favore-
ciéndolos, especialmente en un tiempo en que la Religion se veia
tan poderosamente amenazada. Esta marcha, los despachos y la
situacion de las provincias vecinas, sirvieron de pretexto para es-
parcir el rumor de que el Jesuita habia emprendido su viaje con
miras hostiles; tratábase, decian, de establecer en la ciudad el
sistema de inquisicion que dominaba en España, y de suprimir
las cuatro cofradías de penitentes; añadiendo que llevaba al Pa-
pa una lista de los sugetos que mas próxima ó remotamente te-
nian algun contacto con los herejes, y que aquel habia ya dado
orden de tratar con rigor á varios de ellos.

Luego que se difundió esta noticia, los ánimos siempre volcá-
nicos que encerraba esta poblacion, se alarman y se exaltan sin
tomarse tiempo para reflexionar: propalan la especie de que la
Inquisicion, tal como la concebía Felipe II, iba á ser promulga-
da por los Jesuitas y puesta en práctica segun las órdenes de un
Papa, cuya justicia es terrible. Nada mas se necesitaba para enar-
decer al pueblo. Aproximábase la época de la eleccion de los cón-
sules, en el mes de junio de 1569; el populacho invadió los sa-
lones del Senado, exigiendo con gritos desaforados que se man-
dase demoler el colegio de los Jesuitas, castigando de muerte á
sus moradores. Y como viese que los magistrados vacilaban en
acceder á semejante demanda, creyó deber pasar á ejecutarlo por
sí mismo. Precipitase sobre el colegio, cuyas puertas se hallan
cerradas, y empieza á sitiarse. La exasperacion estaba en su apo-
geo, y deseando el Senado apaciguarla, declara que se tenga por
nulo y de ningun valor cuanto se habia hecho hasta entonces en
favor de la Sociedad, y que la casa y rentas de que disfrutaba le
fuesen al punto secuestradas.

Esta condescendencia del Senado ante una efervescencia popu-
lar que carecia de fundamento, podia acarrear funestos resulta-
dos; puesto que aun cuando los naturales de Aviñon se habian
calmado algun tanto, el escándalo que habian dado iba á propa-
garse por toda la Francia, enemiga capital de la Inquisicion. Esto
era sin duda lo que deseaban los propagadores de la impostura,
y esto mismo fue lo que impulsó al P. Auger á dirigirse al con-
dado, donde á su voz se reunieron los senadores con el cardenal
de Armagnac, legado del Papa, á su cabeza. Habló el Jesuita con
tanta uncion y firmeza, y anunció de un modo tan positivo que

iba á mandar retirar de Aviñon á los Padres que tantas veces habia solicitado la ciudad, que el Senado le suplica que no atienda á su resentimiento, mostrándose convencido de la inocencia de Possevino. Y el pueblo, que pasa tan rápidamente de la furia al amor, creyó desde luego lo que Auger le afirmaba con un tono de autoridad, que dejó vivamente herida su imaginacion. Possevino fue llamado á toda prisa; el papa Pio V envió á Francia cuatro breves dirigidos al obispo de Calata, su nuncio; al cardenal de Armagnac, y al arzobispo y magistrados de Aviñon, en que les aseguraba, bajo su palabra, que los rumores de Inquisicion, esparcidos contra Possevino y colegas, eran falsos de todo punto y carecian del mas leve fundamento. Mas adelante, luego que los ánimos se hallaron mas tranquilos, declaró un dominico que él habia sido quien habia aconsejado á la Santa Sede los actos que dieron pretexto á los herejes para acusar á los Jesuitas.

Era Pio V un pontífice de un ardor sin igual. Veíase la cristiandad amenazada por los turcos en todos los mares, y en el continente por una multitud de sectas que divididas entre sí, amalgamaban sus fuerzas para luchar contra la Iglesia; hacíase por lo tanto necesario poner un dique á este torrente, y lo que aun era tal vez mas difícil, saber mantener la concordia entre los príncipes católicos. Para conseguir este doble objeto, nada le costaban á Pio V los sacrificios de todo género. Habia en el ejército protestante auxiliares de todas las naciones, porque no se ruborizaba entonces un partido, aun cuando debiese su triunfo al valor de sus aliados ó adherentes. Manda el Papa al conde de Santa Flora que conduzca su ejército á Francia, y le ponga á disposicion de los Católicos; y reunidos el 2 de octubre de 1569 los realistas y pontificales, á las órdenes del vencedor de Jarnac, atacaron á los disidentes en las llanuras de Moncontour, hallándose presente el P. Auger, que arrostraba los peligros con el mayor valor y serenidad.

Catalina de Médicis habia criado á su hijo Carlos IX en los principios de aquella política de astucias italianas, que en vez de hacer frente al riesgo, solo sabe conjurarle, ó mas bien envolverle en un dedalo de intrigas. De este modo habia desnaturalizado la inteligencia del Príncipe, la generosidad de sus instintos y la rectitud de su juicio, y habia logrado que el disimulado artificio dominase aquellas brillantes cualidades que germinaban

en su jóven corazon. Subyugado Carlos por su madre, se dejaba llevar de tan peligrosa táctica. Cuando las pasiones están agotadas, y no sienten ya en sí los caracteres la suficiente audacia para volverse á templar en la lucha, puede tener sus ventajas esta estrategia; mas, luego que fermenta todo en derredor del trono, y cuando el entusiasmo de los pueblos se propone batir en brecha, enfrente de una nueva creencia, de la vieja iglesia y la monarquía antigua, no son los paliativos ni las concesiones el mejor medio de contrarestar su pujanza. Ya las armas católicas habian obtenido en un mismo año dos ruidosas y célebres victorias; importaba por lo tanto á la ventura de la Francia perseguir sin descanso á los Calvinistas, y acabar de una vez con ellos, mas bien por la victoria que por el crimen.

Pero Carlos IX no comprendió de este modo la posicion en que se le habia colocado, y que aconsejaban los Jesuitas al duque de Anjou. Concluyóse la paz el 15 de agosto de 1570, paz defectuosa y coja, como el pueblo la llamaba, y en la que todos los artículos favorecian á los vencidos. Esta paz ocultaba un lazo: Coligny, á quien la pérdida de cuatro batallas habia hecho mas indómito, marchó al Languedoc á reunirse con el conde de Montgommery, en tanto que los Católicos de aquellas comarcas devastadas continuamente por los Hugonotes, hallándose desprovistos de un jefe capaz de hacer frente al Almirante, trataron de oponer á sus armas la palabra del P. Auger.

En 1570 se hallaba el Jesuita Luis Coudret defendiendo la fe en los púlpitos de Aix, al paso que el P. Annibal evangelizaba en la ciudad de Auch, y Possevino en Tours, Paris, Ruan y Dieppe. Claudio de la Baume, arzobispo de Besanzon, habia suplicado á este último que se dignase asistir á su sínodo provincial, en que se hallaron los obispos de la provincia, los doctores de la academia de Dola, y mas de mil trescientos eclesiásticos, en cuya presencia explicó, con la superioridad de su talento, los decretos del concilio de Trento, que adoptó en seguida la asamblea.

En tanto que Auger concurría al establecimiento del hospital general de Lyon, hacia escuchar su voz en Reims, Metz y Burdeos, arrastrando con su elocuencia á las poblaciones todas. Las tropas pontificias volvian á entrar en su patria victoriosas, aunque desnudas de todo; y queriendo los Jesuitas de Lyon solventar á sus expensas la deuda que la Francia católica habia con-

traido con sus aliados, los vistieron de nuevo, y se encargaron de su manutencion durante el viaje. El P. Maldonado abandonaba su cátedra de Paris para cumplimentar las órdenes del Rey, que le habian mandado marchar con otros cinco Jesuitas á desempeñar una mision en el Poitou, donde en tanto que anunciaban unos la palabra de Dios en San Masencio, y otros en Niort, él que se habia reservado la ciudad de Poitiers, dió principio á sus conferencias en un lugar profano, con el objeto de no exasperar á los Hugonotes; pero luego que hubo subyugado á su auditorio con el hechizo de su elocucion, se determinó á continuar su apostolado en la catedral de San Pedro. Siguiéronle á ella los Calvinistas, abjurando su secta mas de trescientos, después de confesar la impresion que habia hecho Maldonado en sus corazones. En Verdun, el P. Oliverio Manare, valiéndose de un ingenioso ardid, hacia desempeñar á los niños, durante la Cuaresma de 1571, el sublime papel de misioneros. Formados en congregaciones, se diseminaban por los diferentes barrios de la ciudad, con el encargo de impedir do quiera, por medio de sus ruegos ó amonestaciones, las disputas y las blasfemias; veíaseles reclutar por todas partes individuos para el tribunal de la penitencia; y no era raro hallar á los párvulos como volvian al colegio, conduciendo bajo la salvaguardia de la caridad á cincuenta ó sesenta personas de toda edad y condicion, jornaleros ó soldados, á quienes presentaban á los piés del confesor.

La llegada del general de los Jesuitas á la corte de Carlos IX, en que bajo el velo de la intriga pululaban las ideas de asesinato y venganza, no podia menos de producir una viva impresion: habian prestado tan señalados servicios al catolicismo y á la monarquía, que prescindiendo de las virtudes de Borja, anhelaban todos los señores manifestarle su gratitud por medio de homenajes respetuosos. Pero cuando expuso el objeto especial de la legacia de Alexandrini, y el matrimonio proyectado por el Papa, tuvo el disgusto de saber la imposibilidad de este doble proyecto. Era tal la situacion del reino en aquella época, que siendo preciso por una parte tener á raya á los Protestantes, y de otra ofrecerles garantías, se hacia imposible desmembrar una parte del ejército para emplearla en hacer la guerra á la Media Luna, al paso que ya estaba decidida la union de Margarita de Valois con Enrique de Bearn, como una prenda de paz otorgada entre ambos partidos beligerantes.

Eran tan plausibles estas razones, que el cardenal Alexandrini y Francisco de Borja se vieron precisados á contentarse con ellas, aunque no podian prever que bajo estas demostraciones de paz y bajo este lenguaje de conciliacion se pudiese ocultar la idea de la Saint-Barthélemy, siendo engañados ambos, aunque italiano el uno, y amigo de Carlos V y de Felipe II el otro, por la duplicidad de Catalina de Médicis. El Cardenal fue llamado á Roma á toda prisa para recibir el último aliento de su tío Pio V. Francisco de Borja, que sentia próxima su muerte, se puso en camino con el objeto de morir como sus dos predecesores en la misma cuna de la Iglesia; y estos dos hombres, inclinados á la reflexion por la naturaleza de su carácter y de su talento, nada pudieron descubrir de la trama que, segun refieren los historiadores, se estaba ya urdiendo, y que vino á parar en un atentado. «No debemos olvidar, dice el escritor anglicano Macaulay¹ hablando de Borja, que á pesar de sus íntimas relaciones con Carlos IX y Catalina de Médicis, y aunque disfrutó de su alto favor, no hay motivo alguno de suponer que hubiesen confiado con él acerca de su odioso proyecto.»

El 24 de agosto de 1572 Catalina y su hijo se satisfacian con la sangre de los Hugonotes de las concesiones que habian tenido la debilidad de hacerles. Triste indemnizacion por cierto, que no compensaba los delitos cometidos, pero que lanzaba sobre sus nombres una execracion que la parcialidad de los Protestantes y la pusilanimidad de los historiadores católicos hicieron pesar sobre el trono mas bien que sobre sus personas.

No pretendemos aminorar el crimen de unos, como ni tampoco ensalzar los errores de que fueron víctimas los otros. Estos sucesos están distantes de nosotros, que hemos presenciado otros mucho mas crueles todavía. Las causas mismas que los produjeron no son ya mas que puntos históricos, y puede darse á cada cual la parte que le toca. Los disidentes eran intolerantes, como toda secta que progresa; perseguian y eran perseguidos, y este estado de provocacion les inculcaba en el alma una fiebre de proselitismo y martirio que podia acarrear un golpe mortal al catolicismo. Tres años antes, precisamente el 24 de agosto, habian asesinado los Calvinistas en Pau á un gran número de caballe-

¹ Revista de Edimburgo, 1842. *Los primeros Jesuitas.*

ros católicos, que residían en la ciudad bajo la fe de los tratados. «El Rey, según el historiador de Navarra, tenía resuelto mandar «una segunda Barthélemy, en expiación de la primera, como una «conmemoración, añade el viejo cronista, de los caballeros acuchillados á sangre fría en Bearn por Montgomery, que á la sazón se paseaba orgullosamente por París. Todas estas cosas decidieron al Rey á mandar hacer una sangría para desterrar «todos los humores infectos de una parte del cuerpo de Francia¹.»

Carlos IX, joven voluptuoso y colérico, y Catalina más tranquila, aunque más profunda en sus cálculos, mostraban poco interés y aun á veces incuria en defender los derechos de la Religión, retirando con una mano lo que otorgaban con la otra. Pero, cuando el Rey, luego de concluida la paz, por medio de los grandes oficiales y ministros de la corona, se puso al corriente de los proyectos del calvinismo; cuando vió que no solo aspiraban á la destrucción del culto católico, si que también á la ruina del trono; y cuando la alianza de los sectarios de la Gran Bretaña con los de Francia y Países Bajos dejó de ser para él un misterio, cambiaron de plan el Monarca y su madre, resueltos ambos á no dar cuartel á los jefes del protestantismo, bien persuadidos de que una vez privado de sus cabezas, se disolvería el partido por la sola fuerza de las cosas.

Tal es la opinión que hemos formado respecto á la primera idea de la Saint-Barthélemy, después de haber estudiado á los historiadores calvinistas contemporáneos de este suceso. Al concebirle no se tuvo presente á la Religión bajo ninguna forma, y aun en el momento de la ejecución no fue llamada á sancionar el crimen. Viéronse figurar en el Consejo que precedió á los asesinatos á los más altos personajes del partido militar, tales como Enrique, duque de Anjou, Catalina, el duque de Nevers, el conde de Angulema, el canciller Birague, y los mariscales de Retz y de Tavannes; pero no se halló en él ningún cardenal, ningún obispo, ningún sacerdote, ni un solo religioso. La venganza, el interés personal, la seguridad del Estado, y tal vez la del Rey malamente comprendida, impulsaron á estos caballeros á ejecutar otras vísperas sicilianas, en las que degollaban porque temían

¹ *Historia de Navarra*, libro XIV.

ser degollados, una vez que, según afirman, habían proyectado los sectarios un golpe igual para los primeros de setiembre.

¡Carlos se había bañado en un lago de sangre! Habían atentado contra su trono, y él atentó contra la vida de sus súbditos: no fueron consultados para ello los parisienses, porque estaba seguro de que no faltarian á la hora señalada. «Ser hugonote era sinónimo, dice Mezeray, de tener mucho dinero, ó cargos envidiados, ó herederos hambrientos.» En aquel día de luto y desolación realizaron las masas por segunda vez estas profundas y fatídicas palabras de Brantôme: «No es prudente encarnizar al pueblo; pues «harto pronto está, y más de lo que se quiere.»

El pueblo, insaciable como siempre de venganza y de sangre, asesinó á cuantos cayeron en sus manos: ya no distinguían entre Católicos y Protestantes; la satisfacción de los odios personales y la lucha de todas las pasiones humanas se desencadenaron en el terreno político cubiertas con el manto de la Religión. «Los coratesanos, dice el *Martirologio* de los Calvinistas¹, reían á carcajadas, diciendo que ya se había concluido la guerra, que vivirían en paz en lo sucesivo, y que el mejor modo de hacer los edictos de pacificación no era el de recurrir al papel y á los diputados, sino á la espada y á la hoguera.» De aquí se infiere, y los herejes mismos lo confiesan, que los asesinos degollaban con el objeto de obtener una paz política, y de ningún modo una paz religiosa. Sin embargo, según refiere La Popeliniere, escritor protestante, reunieron los Católicos todos sus esfuerzos para salvar á los Calvinistas después de consumada la muerte de sus principales jefes: «Entre los señores franceses, dice², que más se distinguieron por haber salvado la vida á mayor número de «confederados, se contaban los duques de Guisa, de Aumale, de Biron, Belliévre y Walsingham, embajador inglés, aun después «de haber dado á entender al pueblo que los Hugonotes habían «intentado forzar el cuerpo de guardia para asesinar al Rey, y «que habían muerto ya más de veinte soldados católicos: entonces guiado el pueblo por un afecto á la Religión, unido al que «tenía á su Príncipe, hubiera pasado más adelante, si satisfechos «algunos señores con la muerte de los jefes del calvinismo, no le

¹ *Historia de los mártires perseguidos y asesinados en defensa de la verdad hasta el año de 1574*, pág. 913 (edic. de 1582).

² *Historia de Francia*, por Popeliniere, lib. XXIX, pág. 67 (edic. de 1881).